

LA CRISIS DE LAS IDEOLOGÍAS

3. EXTREMA DERECHA



LA CRISIS DE LAS IDEOLOGIAS

Sion Gelabert
Fundació Gadeso

Una vez superada la etapa del materialismo, la cual definía, a grandes rasgos, la dicotomía clásica entre la izquierda (proletariado) y la derecha (burguesía), nos adentramos en el terreno del postmaterialismo. Definido, éste, como el cambio cultural identificado por el politólogo y sociólogo norteamericano Ronald Inglehart y que es el resultado del aumento de la seguridad económica y el crecimiento económico. Es decir, todas aquellas ideologías cuyo trasfondo va más allá de la mera lucha por la subsistencia y los derechos de las clases trabajadoras.

La mejora de la seguridad económica, a través de la cual las clases trabajadoras ven aumentada su calidad de vida y asegurada su subsistencia, desemboca en la aparición de nuevas ideologías que superan la lucha de clases, la cual, históricamente había definido la confrontación clásica entre los partidos de masas¹ (comunistas y socialdemocracia) y los partidos de cuadros (liberales y conservadores).

Los partidos de izquierda, tras la Segunda Guerra Mundial, renunciaban a la idea revolucionaria marxista para abrazar la democracia y dando lugar a la aparición de la socialdemocracia, sin que ello supusiera la renuncia a sus reivindicaciones históricas, adaptándolas, eso sí, a los nuevos tiempos y a una clase obrera agotada por la guerra y poco dada a protagonizar nuevos episodios de corte revolucionario. Se trataba de alcanzar el poder a través de las urnas y una vez asumido éste, iniciar toda una serie de reformas, más o menos profundas en las relaciones económicas en el seno de la sociedad y de ésta con el propio Estado. Nacía así el llamado Estado del Bienestar. Los gobiernos no se limitaban a mantener la seguridad, la integridad del territorio y la defensa de la propiedad privada y de los medios de producción si no que focalizaba su atención en la mejora de las condiciones de vida de las clases populares, promover la justicia social y erradicar la desigualdad, generando, a su vez, todos los mecanismos para ello. Educación universal, acceso gratuito a la sanidad, derechos laborales, salario mínimo, protección social frente al desempleo, etc., todo ello en el marco de una economía capitalista.

La proliferación de este tipo de partidos especialmente en el centro y el norte de Europa y sus éxitos electorales, permitieron a las clases populares de estos países dejar atrás sus penurias económicas, lo que contribuyó, inevitablemente, a la consolidación de las denominadas clases medias y a la aparición de toda una serie de nuevas demandas sociales que desembocaron en la aparición de las ideologías

¹ Históricamente los partidos de izquierda han sido considerados de masas, no tan sólo por ser partidos que presentan un elevado grado de afiliación, algunas veces casi forzosa, si no que su razón de ser es la defensa de la masa proletaria, mucho mayor en número que su antagonista, la burguesía,

postmaterialistas. El pacifismo, el ecologismo, el feminismo, el animalismo, entre otros, empezaron a entrar con fuerza en la escena política, incluso creando partidos políticos como es el caso de los verdes. Por su parte los partidos clásicos, despojados en gran medida de su razón de ser, especialmente los de la izquierda, y en aras de asegurar su supervivencia, comenzaron a incluir, en algunos casos a regañadientes, estos nuevos paradigmas en sus programas electorales y en sus agendas de gobierno a la vez que se reducía drásticamente su número de afiliados.

Las ideologías postmaterialistas no se circunscriben a una determinada clase social, son ideologías de corte transversal, si bien éstas pueden calar en mayor o menor medida en un determinado segmento social más que en los demás. Así los partidos y las ideologías clásicas se han visto obligados a reinventarse y a reinventar sus discursos para adaptarlos a estas nuevas realidades.

Hoy en día no resulta extraño que partidos antaño antagonistas defiendan, ahora, postulados muy semejantes en determinados temas. Se trata de hacer llegar el mensaje al electorado, sea del segmento social que sea, pero muy especialmente a las clases medias, las cuales constituyen el verdadero motor del cambio de valores iniciado a mediados del siglo pasado. Se puede afirmar que el discurso mismo de los partidos se ha transversalizado, convirtiendo a éstos en “*metapartidos*” o como fueron definidos en su día por el politólogo alemán Otto Kirchheimer, “*partidos atrapados*”², caracterizándose por los siguientes aspectos:

1. Una drástica reducción del bagaje ideológico;
2. Un menor énfasis en una determinada clase social para reclutar electores entre toda la población;
3. Asegurar el acceso a diversos grupos de interés.

Del mismo modo, la principal característica de estos partidos, según Kirchheimer, es la de concentrar sus energías en la competición electoral a través de la elección de temas con los que buscan un amplio consenso con la población general (como puede ser el ecologismo un tema utilizado desde diversas perspectivas por las principales fuerzas políticas que aspiran al gobierno).

Con todo ello, las ideologías clásicas, sobretudo las de la izquierda, han entrado en crisis, debido a la superación de sus postulados y a la transformación de la sociedad, desde la dicotomía clásica proletariado-burguesía a otra sociedad más plural y más segmentada socialmente que dista mucho de los valores clásicos (lucha de clases) y que ha orientado su punto de mira a otro tipo de cuestiones que afectan a la sociedad en su conjunto más que a un determinado segmento o clase social.

² En inglés catch-all party o big tent.

Con este número de Dossiers Gadeso, el 864, continuamos con la serie de monográficos con los que pretendemos arrojar luz sobre el cambio ideológico que se está produciendo en las sociedades democráticas.

En este número, concretamente, centraremos nuestra atención en la extrema derecha, una ideología que está resurgiendo en todo el planeta y que constituye una seria amenaza para la convivencia social.

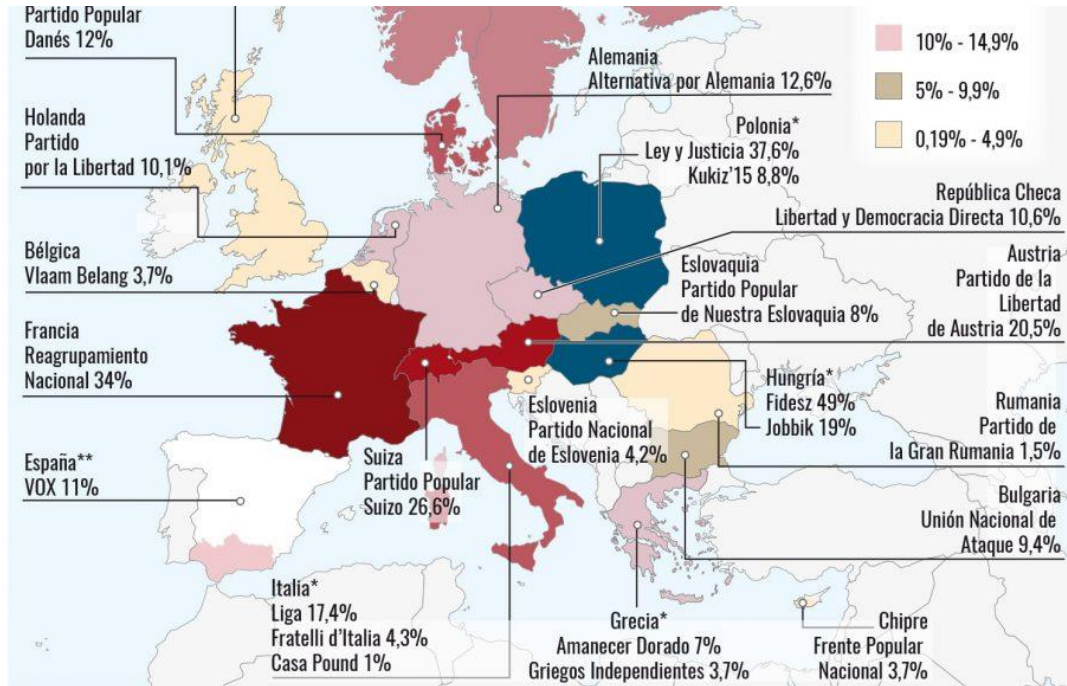
3. EXTREMA DERECHA

ÍNDICE

DOS ESTRATEGIAS PARA LA EXTREMA DERECHA	5
¿CUÁL ES EL PROYECTO DE LA DERECHA RADICAL PARA LA UE? ¿QUÉ MODELO DE EUROPA SE LE PUEDE CONTRAPONER?	13
LOS SECRETOS DE LA ESTRATEGIA DE VOX	17

DOS ESTRATEGIAS PARA LA EXTREMA DERECHA

GUILLERMO FERNÁNDEZ VÁZQUEZ. ESTUDIOS DE POLÍTICA EXTERIOR



La derecha radical tiene dos opciones para asaltar Bruselas: formar un 'supergrupo' de euroescépticos que obstaculice la integración, o atraer al PPE para romper la gran coalición.

El pánico moral ante el avance de la extrema derecha en toda Europa (incluido ahora también España) conduce a menudo a sobrestimar su potencia.¹ En concreto, en lo que se refiere a su capacidad de actuar unida, alcanzar acuerdos y llevar adelante una estrategia coral. Esta idea está alimentada por cinco factores: la presencia en el continente del antiguo director de campaña de Donald Trump, Steve Bannon, cada vez más frecuente, y la creación de la plataforma The Movement; la entrada en el gobierno de partidos como el FPÖ austriaco o la Liga italiana de Matteo Salvini; la creciente influencia del grupo de Visegrado, que aglutina a Polonia, Hungría, República Checa y Eslovaquia; la aparición de partidos políticos de extrema derecha con expectativas electorales crecientes en países como Alemania (Alternativa por Alemania, AfD) o España (Vox), donde formaciones de este estilo no habían existido más que de manera grupuscular en los últimos 40 años; y el aguante y la pujanza electorales de formaciones históricas de este campo político como el Rassemblement National en Francia (RN, antiguo Frente

Nacional), el PVV en Holanda, el Vlaams Belang en Bélgica, el Partido Popular Danés, o también los nórdicos Demócratas de Suecia y Verdaderos Finlandeses.

Sin embargo, dentro de la extrema derecha europea conviven diversas estrategias, a veces incluso contradictorias entre sí. Distintos modelos de entender la relación con Rusia, diversas valoraciones de la Unión Europea y el papel del euro, historias nacionales complejas –la cuestión del secesionismo crea enormes problemas–, distintos grados de confianza respecto al papel que pueden (o deben) jugar Bannon y The Movement, e incluso distintas maneras de aproximarse y tratar a la derecha clásica. Más que un bloque homogéneo, la extrema derecha europea es un conjunto heteróclito, de contornos borrosos, fuerte contraste interno, vetos cruzados y discusiones potentes. Por decirlo gráficamente: más que a una ciudad centroeuropea, la derecha radical europea se asemeja a una calle de Nápoles, donde las diversas estrategias se cruzan, se rozan, se increpan e incluso chocan en ocasiones. Quienes estamos fuera, pero atentos, escuchamos el sonido de los cláxones y la voz lejana de los improperios.

En la práctica, lo que realmente une a este grupo dispar de partidos y organizaciones políticas es el hecho de tener un enemigo en común: el federalismo europeo, encarnado sobre todo en las figuras de Emmanuel Macron y Angela Merkel. Una oposición al federalismo que se hace en nombre de la nación, entendida como la supervivencia etnocultural de ésta. Por consiguiente, la cuestión para la extrema derecha es averiguar cómo se combate mejor este proyecto federalizante; es decir, cómo se tumba de manera más eficaz el proyecto que los ultraderechistas gustan en llamar “los Estados Unidos de Europa”.

Con este fin, en los últimos 18 meses han surgido dos principales hipótesis estratégicas para después de las elecciones europeas. La primera apunta a formar un “supergrupo” en el Parlamento Europeo, con capacidad para obstaculizar los proyectos federalistas impulsados por la gran coalición entre el Partido Popular Europeo (PPE) y los socialdemócratas (S&D), apoyada puntualmente por los liberales (ALDE). La segunda hipótesis relega a un segundo plano la posibilidad de formar un supergrupo y se centra en la constitución de un grupo euroescéptico blando, con capacidad para romper la gran coalición y atraer en el medio plazo a los sectores más conservadores y críticos con la UE existentes en el PPE. Esta segunda hipótesis aspira a hegemonizar en el medio plazo a la derecha política. Desde octubre de 2018 adquiere cada vez mayor peso, en especial entre los partidos de la derecha radical con participación en el gobierno de sus respectivos países; a saber: el FPÖ austriaco y la Liga italiana.

El objetivo de este artículo es explicar el recorrido, alcance y problemas de las dos hipótesis estratégicas. La primera, cuyos ecos han resonado ya en algunos medios y textos analíticos; y la segunda, mucho más desconocida para el gran público, pero con visos de imponerse en el futuro. Para ello tomamos como soporte distintas conversaciones con dirigentes y cuadros medios del grupo parlamentario Conservadores y Reformistas Europeos (ECR), así como con miembros de la Liga, el FPÖ, RN y Vox.

La hipótesis del supergrupo

La primera hipótesis en la mente de varios dirigentes europeos de extrema derecha, que motivó la fundación de The Movement, es la posibilidad de constituir un gran grupo euroescéptico en el Parlamento Europeo que, después de las elecciones del 26 de mayo, reúna a los dos principales grupos parlamentarios de oposición a la UE que hasta ahora existen en Bruselas: Europa de la Libertad y de la Democracia Directa (EFDD) y Europa de las Naciones y la Libertad (ENF). Es decir, un supergrupo que aglutine a los Demócratas de Suecia, Alternativa por Alemania, RN francés, Liga italiana, FPÖ austríaco, Vlaams Belang flamenco y Partido de la Libertad holandés.

Este supergrupo podría incluir también a otros partidos de talla pequeña y mediana como el SPD checo, la formación Volya en Bulgaria, Fratelli d'Italia, los griegos de Nea Dexia o los españoles de Vox. Ello aumentaría el alcance y la inserción del supergrupo en Europa. Con estas adhesiones, la alianza euroescéptica estaría en condiciones de presumir de estar presente en prácticamente todos los países de la Unión. Esta hipótesis incluye un tercer paso: la incorporación al supergrupo del ECR. Ello supondría la adhesión de formaciones políticas con un gran peso electoral en sus respectivos países, como los polacos de Ley y Justicia, el Partido Popular Danés o Verdaderos Finlandeses.

Por último, la hipótesis del supergrupo trabaja con la idea de convencer a Víktor Orbán para lograr que Fidesz abandone el PPE e ingrese después de las elecciones en el supergrupo. Desde ahí deben leerse las continuas alabanzas con las que Bannon ha regalado los oídos del primer ministro húngaro. Este último punto, según reconoce Nicolas Bay, presidente del grupo parlamentario Europa de las Naciones y la Libertad, “es el más difícil, aunque no totalmente descartable teniendo en cuenta la recomposición política a escala europea a la que estamos asistiendo”. “Yo diría que el supergrupo es un posibilidad real en la que debemos trabajar –insiste Bay–, sobre todo porque muchos partidos muy diferentes tenemos las mismas ideas en la cabeza”.

«Varios partidos de la derecha radical prefieren mantenerse al margen de un supergrupo donde primaría cantidad sobre calidad»

El objetivo fundamental de la hipótesis estratégica del supergrupo es ejercer de cortafuegos a la expansión de la UE y obligarla a repensarse como proyecto político. Se trata, en definitiva, de acumular fuerzas con el fin de ser la segunda fuerza en el Parlamento Europeo e impedir (o dificultar al máximo) la formación de una coalición gobernante entre populares, socialistas y ALDE.

Sin embargo, la hipótesis está topándose con más problemas de los previstos cuando fue elaborada, en la primavera de 2018. El primero es la desconfianza que suscita el papel de Bannon como impulsor, garante y, en última instancia, árbitro de esta alianza. Una parte de la extrema derecha (en particular el RN de Marine Le Pen y la Liga de Salvini) teme que una influencia excesiva de Bannon altere los equilibrios internos dentro de sus propios partidos. De ahí que, en una rueda de prensa conjunta en octubre de 2018, tanto Le Pen como Salvini se desmarcaran de Bannon, insistiendo en la necesidad de que sean los europeos quienes decidan sobre los asuntos que conciernen a Europa. Tras ello, el papel de plataformas como The Movement, institutos como el ISSEP de Marion Maréchal Le Pen o academias como la de Trisulti ha quedado deslucido y en segundo plano.

El otro gran problema guarda relación con apoyos e intereses geoestratégicos. Los polacos de Ley y Justicia no quieren saber nada del RN, de AfD y del Partido de la Libertad holandés, a los que acusan de ser “excesivamente prorrusos”. Tampoco Orbán, aliado principal de Ley y Justicia, desea tener una relación directa con partidos sospechosos de estar bajo la influencia del Kremlin.

Por último, la hipótesis del supergrupo genera rechazo entre las formaciones euroescépticas más moderadas (reunidas dentro del grupo parlamentario ECR) que acusan a los euroescépticos más combativos de “estar aislados”, tener “poca formación técnica” y haber demostrado una “nula capacidad para tejer acuerdos” dentro del Parlamento Europeo. Por este motivo, varias de las formaciones de la derecha radical prefieren mantenerse al margen de un supergrupo que primaría la cantidad sobre la calidad y que, además, podría suponer una merma en las credenciales técnicas y de gobierno a las que algunos de estos partidos confiesen aspirar. De ahí que en los últimos meses haya ganado fuerza una segunda hipótesis estratégica que, en lugar de apostar por reunir a todas las formaciones de derecha críticas con la UE, aspira a formar un grupo parlamentario más selecto y respetable, pero con capacidad de rivalizar e imponer una agenda a los partidos conservadores clásicos.

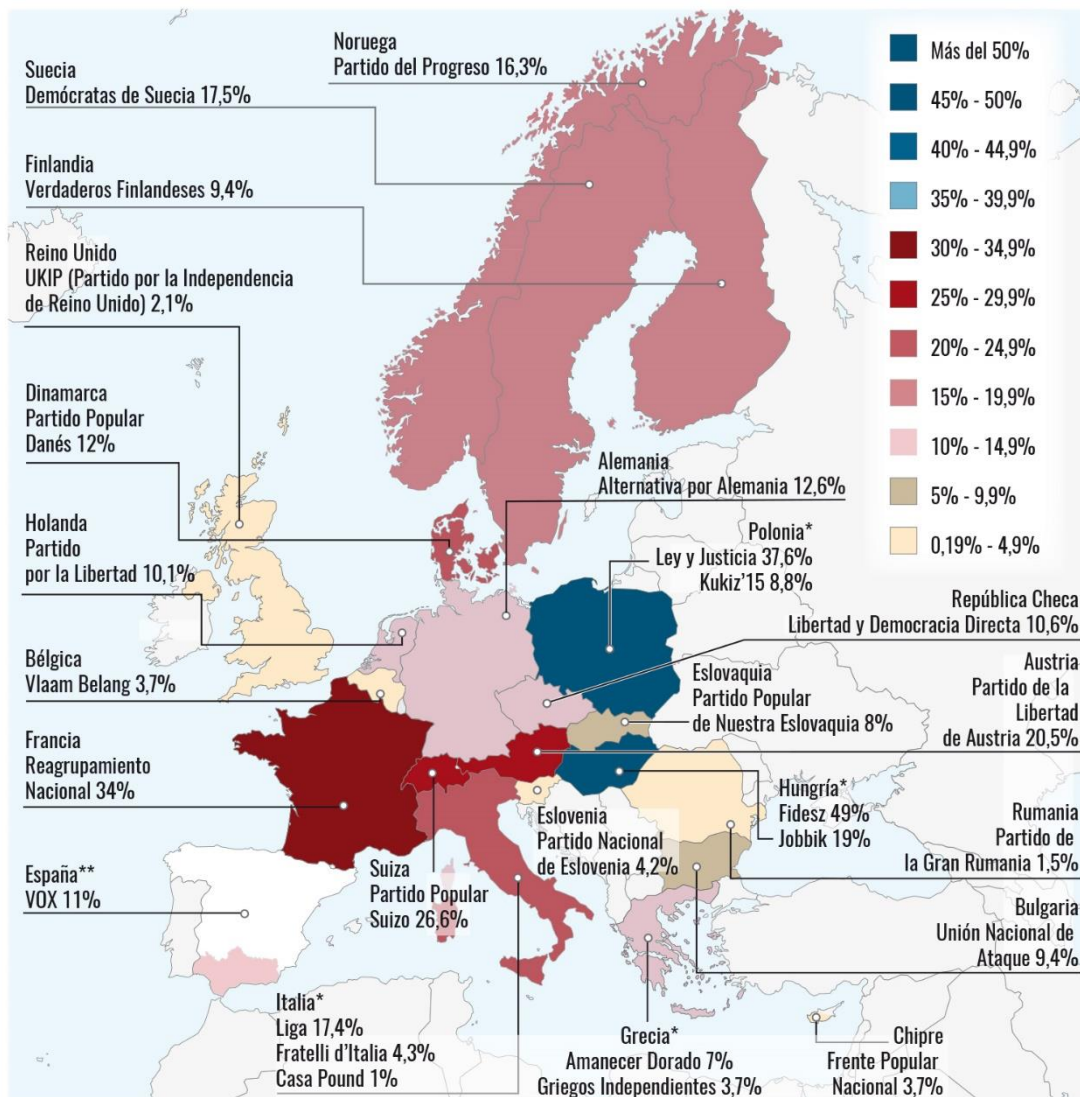
Condicionar al Partido Popular Europeo

Esta segunda hipótesis guía los movimientos estratégicos del grupo parlamentario de los Conservadores y Reformistas Europeos; y, en particular, las conversaciones sobre alianzas poselectorales que encabeza Ley y Justicia. Su objetivo es conformar un grupo parlamentario lo suficientemente potente para, por un lado, sobreponerse de la marcha de los tories británicos tras el Brexit y, por otro, competir ideológicamente y condicionar al PPE. Esta estrategia aspira a modificar los equilibrios de la UE (e introducir reformas para devolver competencias a los gobiernos nacionales, sobre todo en materia de inmigración y fiscalidad), focalizando el esfuerzo en alejar al PPE tanto del S&D como de ALDE. O, lo que es lo mismo: desafiando la unidad interna de los populares europeos. “Deseamos ser una fuerza reformista que pueda cambiar Europa, pactando incluso con el PPE y devolviendo el sentido común sobre inmigración, identidad e impuestos a nuestro continente común”, afirma Kosma Zlotowski, diputado europeo de Ley y Justicia y miembro de ECR. Y añade: “A nosotros nos gustaría tener un PPE más parecido a nuestro aliado Orbán de lo que es ahora”. ¿Es esto posible? “Partimos de la premisa de que se puede lograr”, zanja el diputado polaco.

Para alcanzar una posición de fuerza que obligue al PPE a repensar sus alianzas estratégicas o a enfrentarse a posibles defecciones internas, ECR espera llegar a acuerdos poselectorales con la extrema derecha nórdica, del sur y el centro de Europa con responsabilidades de gobierno, las formaciones de derecha radical surgidas en los últimos años como escisiones de la derecha clásica, y el partido de Orbán.

Populismo de derecha radical en la UE

(porcentaje del voto obtenido por partidos de derecha populista en las elecciones presidenciales y legislativas más recientes)



[* En estos países el color representa la suma de los porcentajes. ** Resultados obtenidos en elecciones regionales. Fuente: Elaboración propia con datos de Oxford Analytica. Gráfico: Adriana Exeni]

Respecto al primer punto, uno de los asesores parlamentarios de ECR en Bruselas asegura que su grupo tiene ya un acuerdo con el Partido Popular Danés, Demócratas Suecos y Verdaderos Finlandeses; es decir, con las principales formaciones de la extrema derecha mainstream del norte de Europa. “En general tenemos muy buena relación con los países nórdicos –explica–, sobre todo porque han pasado de un euroescepticismo frontal como el de Le Pen a uno constructivo como el nuestro. Se nota que quieren ser partidos de gobierno, y eso nos gusta”. Este aspecto es de gran importancia y nos lleva al segundo punto: el acercamiento a los partidos de la extrema derecha más dura que,

sin embargo, comienzan a tomar responsabilidades de gobierno. Se trata, naturalmente, de la Liga de Salvini y el FPÖ de Heinz-Christian Strache. ECR está esforzándose en sumar a estas dos formaciones (cuyas expectativas electorales están al alza) a su grupo parlamentario: “Con el FPÖ llevamos un tiempo teniendo conversaciones y las sensaciones son muy positivas”, manifiesta otro de los asesores.

Salvini se mueve entre dos aguas. Por un lado, su relación con el RN y su lealtad a Le Pen; por otro, su deseo de vincularse con formaciones políticas menos estigmatizadas y con mayor perfil de gobierno. Salvini piensa que, uniéndose al euroescepticismo blando de ECR, puede terminar de acaparar todo el espacio político de la derecha italiana, relegando a Forza Italia a un papel marginal. Y, lo que es más importante, puede influir más en las decisiones de Bruselas.

El tercer elemento de esta hipótesis incluye la adhesión de formaciones de derecha “desacomplejada” que han surgido en los últimos años como escisiones de los partidos conservadores clásicos, y que combinan el radicalismo ideológico con una puesta en escena que trata de subrayar perfil de gobierno, capacidad técnica y credibilidad. Entre estos partidos está la formación francesa de Nicolás Dupont-Aignan (Debout La France, a la que los últimos sondeos otorgan un porcentaje de voto de entre el 6% y el 8%), Vox en España (con quien ECR se reunió en Melilla y Madrid el 30 de noviembre y 1 de diciembre de 2018, y con los que les une una notable afinidad ideológica y estratégica), Fratelli d’Italia o Forum for Democracy en Holanda.

La hipótesis se completa con el “fichaje” de Orbán y la inclusión de su formación, Fidesz, dentro del grupo de ECR. “Nosotros hemos tenido conversaciones con Fidesz para que se una a nuestro grupo –asegura Zlotowski–, pero reconozco que a corto plazo no es fácil que abandone el PPE”. El punto crucial con Orbán, como reconocen varios miembros de ECR, no es tanto su incorporación directa al grupo, sino su capacidad para mover posiciones y forzar alineamientos dentro del PPE. Por eso, en esta segunda hipótesis de condicionamiento a los populares europeos, el papel de Orbán es cardinal, tanto si está dentro como fuera. En ambos casos, de lo que se trata es de quebrar internamente la posición federalizante que el PPE mantiene en lo concerniente a la Unión.

Esta segunda hipótesis, que apunta al corazón ideológico de los conservadores europeos y aspira a hegemonizar ese espacio político en el futuro, se propone como meta formar después de las elecciones un grupo parlamentario tan amplio que esté en condiciones de rivalizar con ALDE por el segundo puesto. Tanto si logran ser el segundo grupo más grande como si constituyen el tercero, su objetivo es forzar cambios notables en la dirección

actual del proyecto europeo, focalizando la atención en las fisuras ideológicas del PPE.

Se trata, en definitiva, de una estrategia muy diferente a la del supergrupo (puesto que no intenta paralizar la UE como un bloque, sino que pretende transformarla ganando la batalla cultural e incidiendo en las discrepancias internas de los partidos conservadores), pero que presenta visos de ser exitosa, en especial si los liberales de ALDE no logran el resultado esperado y si, al mismo tiempo, los miembros de ECR consiguen sumar a formaciones políticas tan importantes como el FPÖ o la Liga. Llegados a ese punto, Bannon no pondría demasiados reparos en apoyar esta estrategia.

Nos esperan, sin duda, meses de gran agitación e incertidumbre política: de aquí hasta el 26 de mayo; y posteriormente, cuando veamos cuál de las dos hipótesis prevalece entre las formaciones de la extrema derecha europea. •

Este artículo usa las expresiones “extrema derecha”, “derecha radical” y “derecha identitaria” para referirse al mundo complejo de partidos que se sitúan a la derecha de los partidos conservadores clásicos y que comparten una preocupación por la identidad de sus naciones, expresada en términos de un esencialismo cultural cerrado. Nos centramos casi exclusivamente en los partidos de la extrema derecha parlamentaria dentro de Europa: esto es, partidos que en sus respectivos países han alcanzado algún tipo de representación institucional.

¿CUÁL ES EL PROYECTO DE LA DERECHA RADICAL PARA LA UE? ¿QUÉ MODELO DE EUROPA SE LE PUEDE CONTRAPONER?

El sábado 18 de mayo se presenta en Milán el proyecto con el que la ultraderecha europea quiere situarse como el partido paneuropeo más votado en las elecciones del 26 de mayo. Convocados por el ministro de Interior italiano y líder de la Liga Norte, Matteo Salvini, pretendían hacer una demostración de fuerza. Preguntamos a un grupo de expertos cuál es el proyecto de la derecha radical para la Unión Europea y qué modelo de Europa se le puede contraponer.

Quique Badía Masoni | Periodista e investigador.

El sábado 18 de mayo la plaza del Duomo de Milán fue escenario de una manifestación de la llamada derecha radical europea. Bajo el lema “Hacia una Europa del sentido común, ¡Levántate, pueblo!” y con el apoyo de la Liga Norte, Alternativa para Alemania o el Partido de los Finlandeses una parte del emergente populismo de derechas europeo representará una estampa de unidad que contrasta con la historia de desencuentros de este complejo y cambiante espacio político. Por ahora es una incógnita si algunos de los pesos pesados del nacionalismo euroescéptico, Orbán, Kaczyński o Le Pen, secundarán el llamamiento.

Las diferencias significativas entre estas formaciones -la relación con el Kremlin, vista con recelo desde Polonia, o programas económicos antagónicos- son escollos insalvables para garantizar una mínima coordinación en las instituciones europeas. Pero es de prever que se imponga una apuesta entre todos ellos por el bloqueo de organismos comunitarios en los que participen, pues de realizarse sus proyecciones de voto tendrían derecho a tutelar iniciativas legislativas o a presidir comisiones parlamentarias. Todo en favor de un repliegue hacia el Estado acorde con sus tesis ultranacionalistas, al que podrían arrastrar una parte del liberalismo conservador congregado en el Partido Popular Europeo (PPE) o en el Grupo de los Conservadores y Reformistas Europeos (ECR), con los que partidos como VOX mantienen buenas relaciones.

Ante este posible bloqueo institucional se abre una ventana de oportunidad para promover alianzas ciudadanas en forma de consorcios de investigación periodística, especialmente en aquellos países como Hungría en los que ejercer el periodismo se

ha convertido en una profesión de riesgo. Y se podrían explorar modelos parecidos entre las agencias judiciales ante la radicalización violenta de algunos de los militantes de estos grupos. Una Europa de contrapoderes frente a la Europa de Estados a los que estas organizaciones pretenden volver.

Lluís Bassets | Periodista. Ex director adjunto de *El País*.

Las derechas radicales, en sus distintas y a veces contradictorias versiones, tienen en común el regreso a la identidad nacional, el control nacional de las fronteras y la recuperación siempre que sea posible de la soberanía cedida hasta ahora. En unos casos se declina en clave de ultraliberalismo y en otras de preservación de un Estado de bienestar solo para los de casa, pero todas las derivaciones exhiben su hostilidad hacia las soberanías compartidas que componen la realidad cotidiana de la Unión Europea, y especialmente el proyecto de Unión cada vez más estrecha propugnado desde el Tratado de Roma.

No hay un auténtico modelo de Europa en sus programas, sino meramente el aprovechamiento institucional y presupuestario de la Europa realmente existente para combatir los avances o al menos servir de freno. De ahí que solo quepa esperar una actuación parlamentaria de obstaculización en caso de que cuenten con minorías con capacidad de bloqueo de la acción legislativa y de las resoluciones parlamentarias. Para las derechas radicales la idea de una Europa unida pertenece a un pasado que hay que superar y queda en cambio una idea identitaria de Europa, de ribetes étnicos, que se acomoda muy bien a sus programas nacionalistas y populistas contra la inmigración.

El modelo de Europa a contraponerle es el que ya existe, aunque más ágil y apresurado por la necesidad. En la próxima etapa que se abre tras las elecciones europeas cabría esperar avances notables en políticas de inmigración y fronteras, en políticas sociales, en defensa y seguridad y, por supuesto, en la Europa del euro, cosas todas ellas que exigen más presupuesto y más solidaridad entre los europeos. No hay otro modelo. Y sobre este modelo actuará la derecha radical como obstáculo, aunque contará sin duda con amplias complicidades conservadoras en buena parte del continente.

Steven Forti | Profesor asociado en la Universitat Autònoma de Barcelona e investigador del Instituto de Historia Contemporánea de la Universidade Nova de Lisboa. Colaborador de la revista italiana de geopolítica Limes

La derecha radical ya no quiere destruir la UE como hace un par de años. Eslóganes como Frexit o Italexit han pasado ya a mejor vida. Le Pen y Salvini ya no hablan de salida del euro y de abandonar el proyecto comunitario. El RN francés o la Liga Norte italiana siguen siendo fuerzas euroescépticas, no cabe duda de ello, pero ha habido un giro de 180 grados en su estrategia: el objetivo ahora es el de tocar poder en Bruselas. Para que esto ocurra tienen que convencer a los populares de que les conviene abandonar la Grosse Koalition con los socialdemócratas, ampliada probablemente al ALDE, y mirar a su derecha. El modelo es Austria donde Kurz gobierna con el FPÖ de Strache. En esta lógica se entiende el intento de Salvini para crear un gran partido de la extrema derecha a nivel europeo que pueda presionar al PPE, utilizando como caballo de Troya al premier húngaro Orbán, muy amigo del ministro del Interior italiano. A largo plazo, pues, la extrema derecha busca controlar las instituciones comunitarias para frenar el proyecto de integración y devolver parcialmente la soberanía en algunas cuestiones a los Estados-nación. Todo lo demás es una incógnita ya que las diferencias entre estas formaciones son notables, a partir de las relaciones que se deberían tener con Rusia o de la gestión de los refugiados, sin hablar de temas tan sensibles como el de los derechos civiles.

A esta Europa que sería sin duda alguna más débil, una especie de cáscara vacía incapaz de tomar decisiones sobre los grandes retos globales que tenemos que afrontar cuanto antes, se debe contraponer un nuevo renacimiento europeo. Es cierto que las ideas de “más Europa” y “mejor Europa” parecen hoy en día unos significantes vacíos, pero es desde ahí desde donde hay que trabajar. Por un lado, explicando que solo una Europa unida y fuerte puede ser un actor eficaz en el actual desorden global. Por el otro, y esto es fundamental para frenar el avance de los nacional-populismos, debe recuperarse la idea de una Europa social, desarrollando un Estado del bienestar comunitario, además de acercar la UE a la ciudadanía, impulsando una verdadera democratización de las instituciones europeas. De fondo debe impulsarse una toma de conciencia de que Europa somos todos nosotros: es desde ahí –es decir, desde abajo– desde donde podemos relanzar y renovar el proyecto europeo.

Guillermo Fernández Vázquez | Investigador en la UCM y experto en derechas identitarias europeas.

Hasta que no se celebren las elecciones europeas, todo o casi todo son juegos florales. Intentos de marcar músculo tanto ante el adversario como ante el competidor directo. Matteo Salvini, que en los últimos meses había coqueteado con la idea de sumarse y presidir el grupo de los euroescépticos *light* de los Conservadores y Reformistas Europeos, ha optado por tratar de conformar y dirigir un grupo parlamentario europeo propio bajo la iniciativa “Hacia una Europa del sentido común”. De momento a ella se han sumado varias formaciones que ya compartían grupo parlamentario con la Liga en la legislatura europea anterior, como es el caso del FPÖ austríaco o del Reagrupamiento Nacional francés, pero también (y esto pone particularmente nerviosos a los polacos de Ley y Justicia) están cerca de unirse otras formaciones de la derecha radical escandinava, que hasta hace bien poco dudaban entre aliarse con la versión tecnócrata y ultraconservadora del reformismo europeo o asociarse con la crítica nacionalista del mismo que encarnan Le Pen, Salvini o Wilders.

Este próximo sábado 18 de mayo, Matteo Salvini espera hacer una gran demostración de fuerza en Milán, reuniendo a una multitud de ciudadanos y políticos europeos entre los que se espera a Marine Le Pen, Heinz-Christian Strache o Geert Wilders. La idea es mostrarles a todas aquellas formaciones que aún dudan sobre qué camino de alianzas tomar una vez pasadas las elecciones que la *Lega* representa el ejemplo más acabado de comunión entre pueblo, líder y reivindicación europea. Que Salvini es el líder de futuro de esta familia política y, en última instancia, que es él y su movimiento quienes pueden en los próximos años acometer la deseada “unión de las derechas” desde posiciones ideológicamente más duras. Porque Salvini está convencido de que solo seduciendo a una parte de la derecha conservadora tradicional (como ya hace de hecho en Italia) se podrá transformar la UE en profundidad y *desde dentro*.

LOS SECRETOS DE LA ESTRATEGIA DE VOX

Organizaciones y partidos nacionalpopulistas de todo el planeta comparten contactos, fuentes de financiación y valores. Aprenden unos de otros. Y confían en que, juntos, tendrán más éxito. Así se fraguó el de Vox, representante español de este movimiento, según la premio Pulitzer Anne Applebaum

Anne Applebaum

Amanece en el campo español. Un hombre camina a cámara lenta, corre y salta una cerca. Como en una película de Hollywood, el hombre cruza un campo de trigo mientras roza las espigas con las manos. De fondo suena una música mientras una voz narra: “Si no te ríes del honor porque no quieres vivir entre traidores..., si anhelas nuevos horizontes sin despreciar tus orígenes..., si conservas intacta tu honradez en tiempos de corrupción...”. Sale el sol. El hombre sube por un camino empinado, cruza un río y queda atrapado en una tormenta. “Si sientes gratitud y orgullo por quienes, de uniforme, guardan el muro..., si amas a tu patria como amas a tus padres...”. La música alcanza el clímax, el hombre está en la cima de la montaña y la voz culmina: “... sabrás que estás logrando hacer a España grande otra vez”. Las últimas palabras que aparecen en pantalla son “Hacer España grande otra vez”.

El eslogan es la versión española del “Make America Great Again”. El hombre es Santiago Abascal, y esto, por supuesto, es una publicidad de Vox, el partido político con el crecimiento más rápido de España. En las elecciones generales de 2016 —el año del vídeo—, Vox, con su nacionalismo español de macho alfa y cinematográfico, no obtuvo ni un solo escaño. Poco después, una web española publicó un artículo que preguntaba: “¿Por qué nadie vota a Santiago Abascal?”. Pero el pasado 28 de abril, el apoyo a Vox entre el electorado pasó del 0% al 10%: ganó 24 diputados en el Congreso. Su ruidosa presencia en la campaña electoral ayudó a impulsar la participación a uno de sus niveles más altos en años, ya que los españoles estaban ansiosos por apoyar a Vox o por votar en su contra.

¿Cómo ha sucedido esto y qué relación tiene con el caso de Donald Trump? La velocidad del auge de Vox es, en muchos sentidos, una historia exclusivamente española, marcada por una reacción nacionalista a una crisis separatista regional, el crecimiento de la polarización y la fragmentación de lo que fue un sistema bipartidista. El colapso económico de 2009 melló la confianza en los partidos políticos tradicionales y condujo a una fuerte reacción de extrema izquierda. Vox es el contragolpe.

Sin embargo, su historia también se enmarca en una más global y amplia sobre estrategias de campaña tradicionales y digitales desarrolladas por la extrema derecha europea y la derecha alternativa estadounidense (*alt-right*) que ahora se utilizan por todo el planeta. El uso de las redes sociales para agudizar la polarización, webs creadas específicamente para alimentar narrativas enfrentadas, grupos privados de fanáticos que comparten teorías de la conspiración, un lenguaje que deliberadamente debilita la confianza en políticos y periodistas “convencionales”: todo esto también ayudó a que el partido que quiere “hacer España grande otra vez” abandonara la periferia y se volviese conocido. A lo que hay que sumar que cuenta con financiación, en parte de origen extranjero, que no le llega directamente, sino que canaliza a través de organizaciones con las que comparte opiniones, una forma de financiación política que resulta familiar para los estadounidenses, pero nueva en Europa.

En marzo y abril, justo antes de las elecciones del 28 de abril, realicé un par de viajes a Madrid para conversar con militantes de Vox y con otras figuras, incluidos antiguos líderes del PP, de centroderecha, y del PSOE, de centroizquierda, los dos partidos que dominaron la política nacional durante tres décadas desde la Transición. El sentimiento en la capital española era un poco como el que había en Londres justo antes del referéndum del Brexit o como el de Washington antes del triunfo de Trump. Tuve una fuerte sensación de *déjà vu*: una vez más, una clase política estaba a punto de ser golpeada por una ola de enfado.

En el otrora predecible mundo de la política española esto supone un cambio considerable. En 2018 periodistas y analistas españoles se preguntaban por qué en España, a diferencia de Francia o Italia, no había partidos de ultraderecha. Muchos asumían que el fantasma de la dictadura de Franco, que culminó apenas en los años setenta, era el responsable de esta “excepción española”. Mientras nadie políticamente activo en la actualidad en Francia o Alemania recuerda Vichy o a los nazis, una gran cantidad de españoles sí recuerda hoy el nacionalismo ostentoso de Franco, que en los mítines usaba el lema de “¡Arriba España!”, y, por esa razón, siempre lo han rechazado.

Pero a lo largo del año pasado, Vox quebró ese tabú. En su cuenta de Twitter, Abascal fijó una serie de tuits que empiezan en la primavera de 2018 y continúan hasta hoy. Cada uno enlaza a un vídeo o a una fotografía de un recinto repleto de gente. Los tuits más recientes tienen la etiqueta *#EspañaViva* y comentarios eufóricos. Esos tuits, más los constantes ataques del partido a las encuestas “falsas” de los medios “parciales”, tenían un propósito: hacer sentir a cualquier seguidor de Vox que formaba parte de un movimiento enorme. Abascal habla de un

“movimiento patriótico de salvación de la unidad nacional”, y de alguna forma eso eran.

Nutrido por los separatismos

El vicesecretario de Vox, Iván Espinosa de los Monteros, viene de una familia acaudalada de la nobleza española. Cuando Vox ataca a “las clases dominantes”, se refiere a los medios de comunicación y las clases políticas, no a la alta burguesía o a su clase empresarial. Aún más importante es el hecho de que Espinosa es un usuario experto en redes sociales, al igual que su esposa, Rocío Monasterio, que también es política de Vox.

Los seguí a ambos en Twitter por un tiempo y noté cuán eficaces eran creando espectáculo. A través de Twitter, Espinosa convocó a una protesta pública cuando una universidad de Madrid, su *alma mater*, le canceló una conferencia que tenía programada. Monasterio acumuló miles de *me gusta* por declarar que iba a boicotear cualquier movilización por el Día Internacional de la Mujer y por tuitear luego un vídeo en el que enfrentaba a feministas enfadadas manifestándose con imágenes de mujeres y hombres tomados de la mano.

Espinosa está también a cargo de las “relaciones internacionales” del partido y el mensaje principal que me quiso transmitir fue sobre la naturaleza excepcionalmente española de Vox. Desayunando en un café de Madrid que, según dijo, no queda muy lejos de su empresa inmobiliaria, afirmó que Vox tenía muy pocas cosas en común con otros partidos de “ultraderecha” europeos. “A Vox se le asocia frecuentemente y con facilidad con otros partidos y cosas nuevas que están sucediendo en otras partes del mundo..., pero no es realmente cierto”.

En lugar de esto, argumenta que Vox surgió en gran parte por el fracaso de España para lidiar con sus prolongados conflictos regionales. Abascal, exmiembro del PP, es oriundo del País Vasco. Su padre, también político del PP, fue ampliamente conocido como un objetivo de ETA, el grupo terrorista vasco. Por esa razón, asegura tener una pistola Smith & Wesson consigo todo el tiempo, un hábito inusual en España que le ha hecho ganarse el cariño de una pequeña minoría de propietarios de armas. Sin embargo, la crisis de secesión catalana, iniciada en 2017, fue la que puso a Vox en el centro de la política española. José María Aznar, el expresidente de centroderecha, me dijo que Vox era “una consecuencia de la inacción del Gobierno durante el golpe de Estado de Cataluña”, y casi toda la gente con los que hablé en Madrid expresó más o menos lo mismo.

Cataluña es una provincia pudiente, donde muchos de sus habitantes hablan un idioma distinto, el catalán. La región tiene

una larga historia y algunos viejos resentimientos datan de varios siglos. Después de que las fuerzas lideradas por Franco ganaran la Guerra Civil e impusieran una dictadura, cualquier indicio de separatismo catalán fue severamente reprimido. En contraste, la Constitución española de 1978 concedió la autonomía no solo a Cataluña y el País Vasco, cuyo movimiento separatista tenía un ala terrorista, sino a todas las comunidades españolas. Desde entonces se ha generado una discusión constante acerca de la relación entre el Gobierno central y las autonomías. En 2017 el Gobierno regional de Cataluña, estrechamente controlado por separatistas, decidió realizar un referéndum independentista. El Tribunal Constitucional lo declaró ilegal. Una clara mayoría de catalanes boicoteó el referéndum —un evento emotivo, arruinado por la brutalidad policial—, pero los que votaron eligieron la independencia.

En el caos posterior, el Senado autorizó que se impusiera un gobierno directo sobre Cataluña y convocó nuevas elecciones en esa comunidad. Algunos líderes secesionistas huyeron al exilio, mientras que otros fueron arrestados y llevados a juicio. En España se permite que abogados privados sean coacusadores durante los procesos judiciales públicos. Vox aprovechó esta legislación para presentar una querrela contra los secesionistas. En la práctica, eso significó que, durante el juicio público ampliamente televisado, el “abogado de Vox” y secretario general del partido, Javier Ortega Smith, estuviera presente junto a los fiscales del Gobierno.

Para un partido pequeño que aboga por la unidad española, se opone a la autonomía regional y quiere prohibir los partidos separatistas y arrestar al presidente catalán, es difícil pensar en una manera más efectiva de evocar emociones fuertes o de provocar una fuerte reacción en contra. Cuando Vox organizó uno de sus mítines en Barcelona esta primavera, Ortega Smith tildó al Gobierno catalán de “organización criminal”. Sin embargo, la mayoría de la cobertura mediática se centró en los anarquistas que lanzaban piedras, quemaban barricadas y protestaban violentamente contra los visitantes “fascistas”. En otras palabras, fue otra victoria de imagen para Vox. Abascal tuiteó una fotografía suya consolando a una mujer que había sido herida en las manifestaciones. Espinosa hizo lo mismo. Irónicamente, mostrarse como “víctimas de la brutalidad” fue la misma estrategia con la que los secesionistas catalanes buscaron ganar el respaldo nacional e internacional.

“No tienen ideas”

Cataluña no fue el único asunto español que ayudó a Vox. Al igual que otros nuevos partidos europeos (no necesariamente de derechas), como el Movimiento 5 Estrellas de Italia, Vox seleccionó una serie de temas subestimados cuyos adeptos habían empezado a ponerse en contacto y a organizarse por Internet. Por lo general, los movimientos políticos con

éxito solían tener una sola ideología. Ahora, algunas veces, combinan varias. Piensen en el proceso de una discográfica que quiere crear una nueva banda de pop: hace un estudio de mercado, elige el tipo de rostros que le pegan y luego presenta la banda al sector demográfico que le sea más favorable. Los nuevos partidos políticos son así: ahora se pueden agrupar diferentes temas, reempaquetarlos y luego comercializarlos utilizando el mismo tipo de mensajes dirigidos que se sabe que han funcionado en otros sitios.

La oposición al separatismo catalán y vasco, al feminismo y al matrimonio igualitario, a la inmigración, especialmente la musulmana; la ira contra la corrupción; el aburrimiento con la política tradicional; un puñado de temas, como la propiedad de armas y la caza, que a algunos les importan profundamente mientras otros ni siquiera saben que existen; una pizca de libertarismo, talento para realizar burlas y un ligero toque nostálgico, aunque no se sepa exactamente de qué: todos estos son los ingredientes que se usaron para la creación de Vox. Mayoritariamente, estos temas pertenecen al ámbito de la política identitaria, no al económico. Espinosa se refiere a ellos como cuestiones en que hacen frente a “la izquierda”, no refiriéndose solo al partido de ultraizquierda marxista Podemos, sino también al PSOE, de centroizquierda, al menos en su más reciente encarnación. En concreto, él señala al Gobierno socialista que controló España entre 2004 y 2011, bajo el mandato del presidente José Luis Rodríguez Zapatero, que aprobó una serie de leyes para flexibilizar las restricciones sobre el aborto, el divorcio y el matrimonio igualitario, y para extender protecciones especiales, incluidos juicios en tribunales especializados —a los que Espinosa llama “juzgados de hombres”— a las víctimas de la violencia doméstica. Describe estas iniciativas como “todas las leyes que Zapatero pudo concebir para atacar a la familia, el bastión del conservadurismo”.

Zapatero también reabrió el debate sobre el cuestionamiento de la historia, aprobando una ley de memoria histórica que, entre otras cosas, condenó formalmente al régimen de Franco y eliminó símbolos franquistas de los espacios públicos. Esto fue una novedad para España: durante las dos primeras décadas tras la transición democrática, los Gobiernos españoles simplemente evadieron el tema. Para Vox, este asunto es un mero matiz y no un tema fundamental, al menos en público. Sin embargo, la exigencia de tener “libertad para hablar sobre nuestra historia” es una frase que Abascal usa en los mítines.

Espinosa sostiene que el “extremismo” del Gobierno de Zapatero más el extremismo de los separatistas, unido al fracaso posterior del centroderecha para contrarrestarlos, es lo que justifica la posición de Vox: “Nadie cuestiona la nación en otras partes, nadie cuestiona tus instituciones básicas, tu bandera, tu himno, tu presidente, tus instituciones democráticas, tu Tribunal Supremo”. Espinosa ilustra su argumento usando dos saleros. “Mira”, dice, colocando ambos juntos, “estas son las políticas españolas en los años ochenta y noventa”. Y “aquí” —coloca un tenedor varias pulgadas más allá— está la España

actual: “Llevada a la extrema izquierda. El centro y la derecha no reaccionan, no contraatacan. No tienen ideas”.

Ese tipo de lenguaje no solo enfurece a los secesionistas, sino también a los que se identifican con el centroizquierda. Como también enfurecen las provocaciones de Vox. En diciembre pasado, antes de las elecciones locales en Andalucía, Abascal publicó un vídeo de él mismo montado en un caballo, recreando la “reconquista” medieval de España ante la ocupación musulmana, al ritmo de la banda sonora de *El señor de los anillos*. En otra ocasión, el partido creó un vídeo donde se mostraba una noticia falsa que anunciaba la imposición de la ley islámica en Andalucía y la conversión de la catedral de Córdoba en una mezquita. Cada una de estas acciones causaron una reacción en contra. Más retuits para Vox, más furia del otro lado. Espinosa lo sabe. “¿Somos parte de esta polarización? Desafortunadamente, lo somos. No estoy diciendo que no...”. Sin embargo, desde su punto de vista, “la izquierda” es la extremista, no Vox.

Espinosa habla excelente inglés —vivió parte de su infancia en Estados Unidos y asistió a la Facultad de Negocios de Northwestern— y ocasionalmente tuitea en ese idioma. Muchas veces ha entrado a Twitter para atacar la cobertura mediática extranjera sobre Vox, especialmente cuando se compara al partido con grupos de extrema derecha de Francia e Italia. Una vez felicitó irónicamente a un periodista de *The Guardian* por su “historia políticamente correcta”. Tiene la misma queja sobre los medios españoles. “Enhorabuena a EL PAÍS”, escribió recientemente, “por ser capaz de incluir las expresiones ‘ultraconservador’, ‘ultranacionalista’ y ‘extrema derecha’ en tan solo cinco párrafos. Goebbels os admiraría”.

La verdad es que ha habido múltiples contactos entre Vox y otros partidos políticos de “extrema derecha” europeos. En 2017, como muestra la cuenta de Twitter de Vox, Abascal se reunió con Marine Le Pen, la líder francesa de extrema derecha. En la víspera de las elecciones tuiteó su agradecimiento a Salvini, el líder italiano de ultraderecha, por su apoyo. Abascal y Espinosa fueron recientemente a Varsovia para reunirse con los líderes del partido gobernante polaco, *nativista* [que favorece a los nativos de un país] y antiplural, y Espinosa apareció también en la Conferencia de Acción Política Conservadora en Washington.

Aun así, Espinosa está en lo correcto cuando minimiza estos encuentros públicos como llamadas de cortesía. Las relaciones importantes entre Vox y la ultraderecha europea, así como con la *alt-right* estadounidense, se están desarrollando en otra esfera.

“Restaurando el orden natural”

Los nacionalistas de extrema derecha o partidos *nativistas* en Europa rara vez trabajaban juntos, hasta hace poco. A diferencia de los socialdemócratas europeos, que siempre compartieron una visión del

mundo, o incluso de los demócratacristianos de centroizquierda europeos, quienes desde los años cincuenta fueron el verdadero motor que impulsó la UE, los partidos nacionalistas, arraigados en sus propias historias particulares, solían estar en conflicto casi por definición. La extrema derecha francesa nació de los debates acerca de Vichy y Argelia. La ultraderecha italiana estuvo conformada históricamente por los descendientes intelectuales de Mussolini, incluyendo a su propia hija. Los intentos de confraternización siempre terminaron hundiéndose por viejas polémicas. Las extremas derechas de Italia y Austria, por ejemplo, rompieron recientemente relaciones después de que empezaran a discutir —resulta gracioso— sobre la identidad nacional de Tirol del Sur, una provincia en el norte de Italia donde se habla sobre todo alemán.

Hace poco eso ha empezado a cambiar. La extrema derecha europea ha encontrado un grupo de temas con los que todos pueden estar de acuerdo. La oposición a la inmigración, especialmente musulmana. La promoción de una visión del mundo socialmente conservadora. Dicho de otra forma: el desagrado por el matrimonio igualitario o los taxistas africanos es algo que incluso austriacos e italianos, en desacuerdo sobre la ubicación de su frontera, pueden compartir.

Los vínculos y conexiones son visibles en Internet. Entre los que estuvieron observando el ascenso de Vox se encuentra una compañía de análisis de datos de Madrid llamada Alto Data Analytics. Alto, especializada en la aplicación de inteligencia artificial en el análisis de los datos públicos de sitios como Twitter, Facebook, Instagram, YouTube y otras fuentes, produjo hace poco varios coloridos mapas sobre la conversación española en redes, con la meta de identificar campañas de desinformación que buscasen distorsionar las conversaciones digitales. Los mapas mostraron tres conversaciones polarizadas y periféricas, es decir, “cámaras de resonancia”, cuyos miembros, prácticamente, solo hablan entre sí: la conversación sobre el secesionismo catalán, la que se centra en la extrema izquierda y la que habla de Vox.

No fue una sorpresa. Tampoco lo fue descubrir que la mayoría de los “usuarios con actividad anormalmente alta” —bots o personas reales que publican constantemente y tal vez recibiendo un pago por ello— formaban parte de estas tres comunidades, especialmente de la de Vox, que acaparaba a más de la mitad de ellos. Pocos días antes de las elecciones, el Instituto para el Diálogo Estratégico (ISD en sus siglas en inglés) —una organización británica que rastrea el extremismo en Internet y en el que trabajo como consejera y colaboradora— descubrió una red de casi 3.000 “usuarios con actividad anormalmente alta”, los cuales habían bombardeado Twitter el año pasado con cerca de 4,5 millones de mensajes antiislámicos y pro-Vox.

Los orígenes de la red no son claros y no se sabe quién la financia. Originalmente se configuró para atacar al Gobierno de Nicolás Maduro en Venezuela, pero tras el ataque terrorista en Barcelona en 2017 el objetivo cambió. En los últimos dos años se ha centrado en historias

atemorizantes sobre inmigración que incrementan gradualmente su intensidad. Algunos de los contenidos promovidos son materiales extraídos originalmente de redes extremistas, y todos están alineados con los mensajes publicados por Vox. Por ejemplo, el 22 de abril, una semana antes de las elecciones españolas, la red estuvo tuiteando imágenes de lo que sus miembros describían como una revuelta en un “barrio musulmán en Francia” cuando lo que mostraban era una manifestación reciente contra el Gobierno en Argelia.

Alto y el ISD se percataron también de otra singularidad: los simpatizantes de Vox, especialmente los “usuarios con actividad anormalmente alta”, tienen muchísimas probabilidades de publicar y tuitear contenidos y materiales de un grupo muy particular de fuentes: un compendio de webs conspirativas, por lo general creadas al menos hace un año y a veces administradas por una sola persona, que publica grandes cantidades de artículos y titulares muy partidistas.

Curiosamente, el equipo de Alto encontró los mismos tipos de webs en Italia y Brasil en los meses previos a las elecciones de 2018 de ambos países. En ambos casos, los portales empezaron a publicar material partidista —en Italia sobre inmigración, en Brasil sobre corrupción y feminismo— durante el año previo a la votación. En ambos países sirvieron para alimentar y amplificar sesgos ideológicos antes de que siquiera fuesen parte de la política convencional.

En España existen una media docena de portales como esos, algunos profesionales y otros claramente hechos por aficionados. Algunos, de orígenes desconocidos, parecen haber sido creados con una plantilla: uno de los portales más oscuros tiene exactamente el mismo estilo y disposición que un portal brasileño pro-Bolsonaro, casi como si ambos hubiesen sido diseñados por la misma persona. El día anterior a las elecciones españolas, su noticia principal fue una teoría conspirativa: George Soros, el judío millonario nacido en Hungría que ha sido representado como el demonio por la extrema derecha en Europa, iba a ayudar a orquestar un fraude electoral. Soros no era una figura muy conocida en España hasta que Vox lo ha incluido en el debate.

Del otro lado de la balanza se encuentran digitalSevilla, que por lo general informa sobre Andalucía, y CasoAislado, que publica constantemente historias sobre inmigrantes y crímenes. Ambos parecen administrados por equipos muy pequeños y financiados por el sistema de publicidad de Google. Aparecen con mucha frecuencia en la cámara de resonancia de Vox. El dueño de digitalSevilla —según EL PAÍS, un hombre de 24 años sin experiencia como periodista — produce titulares que comparan a la presidenta del partido socialista de Andalucía con la “mujer malvada de *Juego de tronos*” y en ocasiones ha logrado atraer a más lectores que los periódicos tradicionales. Espinosa me dijo que el dueño de CasoAislado es “un tipo que simpatiza con nosotros, un aficionado. Te lo aseguro, no le estamos pagando a ninguno de ellos”.

Los estadounidenses reconocerán este tipo de webs: funcionan de manera no muy diferente a InfoWars, Breitbart, los portales infames y sesgados que operaron desde Macedonia durante la campaña presidencial de Estados Unidos o las páginas de Facebook creadas por la inteligencia militar rusa. Todos ellos producen noticias sobrecargadas, conspirativas y polarizantes con titulares indignantes listas para ser enviadas a las cámaras de resonancia. A veces, estas webs y las redes que las promueven por Europa trabajan de manera coordinada. En diciembre, Naciones Unidas reunió a los líderes del mundo para discutir la migración en una cumbre de perfil bajo que produjo un pacto con pocos compromisos: el Pacto Mundial para una Migración Segura, Ordenada y Regular. Recibió poca atención mediática, pero Alto analizó que, en vísperas de la reunión, cerca de 50.000 usuarios tuitearon teorías conspirativas sobre el mismo, centenares de ellos alternando francés, alemán, italiano y, en menor medida, español y polaco. De parecido funcionamiento al de la red española que promueve a Vox, estos usuarios estuvieron promocionando material de portales conspirativos, usando imágenes idénticas, enlazándose y retuiteándose entre ellos desde distintos países.

Una red internacional similar se puso en marcha tras el incendio de la catedral de Notre Dame en París. El ISD rastreó miles de publicaciones de gente que afirmaba haber visto a musulmanes “celebrando” el incendio, así como otras de personas que publicaban rumores y fotos que pretendían demostrar que el incendio había sido provocado. CasoAislado montó una publicación casi inmediatamente, en la que declaraba que “cientos de musulmanes” estaban celebrándolo con una imagen en la que parecía que personas con apellidos árabes estaban publicando en Facebook emoticonos sonrientes bajo fotos del incendio. Pocas horas después, Abascal tuiteó su rechazo a aquellos “cientos de musulmanes” y usó la misma imagen, aunque enlazándola a una publicación del teórico de la conspiración de la derecha alternativa estadounidense, Paul Watson, el cual, a su vez, identificó al activista francés de extrema derecha Damien Rieu como la fuente. “Los islamitas que quieren destruir Europa y la civilización occidental celebrando el incendio de #NotreDame”, escribió Abascal, “tomemos nota antes de que sea tarde”.

Este mismo tipo de memes e imágenes se expandieron por los grupos de seguidores de Vox en WhatsApp y Telegram. Incluían, por ejemplo, un meme en inglés que mostraba París “antes de Macron”, con Notre Dame ardiendo, y un “después de Macron”, con una mezquita en su lugar; así como una videonoticia —sobre otro incidente sin relación con Notre Dame— que detallaba detenciones y el descubrimiento de un coche con bombas de gas cerca del lugar del incidente. Fue el ejemplo perfecto de cómo la *alt-right*, la extrema derecha y Vox esparcían el mismo mensaje al mismo tiempo y en múltiples idiomas para intentar motivar las mismas emociones en toda Europa, Norteamérica y más allá.

También tienen conexiones fuera de Internet. En vista del potencial de *llegada* que tienen los problemas sociales, se han creado

organizaciones paneuropeas que usan un modelo estadounidense de financiación y promoción. Una de ellas es CitizenGo, una organización fundada en Madrid en 2013. CitizenGo es el brazo internacional de HazteOir.org, una organización española creada hace más de una década. De acuerdo con Neil Datta, secretario del Foro Parlamentario Europeo de Población y Desarrollo y autor de un informe sobre la derecha cristiana europea, CitizenGo es parte de una red más grande de organizaciones europeas dedicadas a lo que ellos llaman “restaurar el orden natural”: eliminar derechos de los homosexuales, restringir el aborto y los métodos anticonceptivos, y promover una agenda explícitamente cristiana. Esta red compila listas de correo y se mantiene en contacto con sus seguidores. Afirman que llegan a nueve millones de personas.

Apoyo internacional

El consejo de CitizenGo incluye a Brian S. Brown, el cofundador estadounidense de la Organización Nacional para el Matrimonio, y a Alexey Komov, de la división rusa del Congreso Mundial de Familias (WCF en sus siglas en inglés). A Komov se le asocia con el oligarca ruso sancionado Konstantin Malofeev. En la práctica, él actúa como enlace entre Malofeev y la derecha religiosa estadounidense. El líder de CitizenGo, Ignacio Arsuaga, aparece a menudo en eventos paneuropeos, incluida la reunión en marzo del Congreso Mundial de Familias en Verona, Italia. De acuerdo con el portal del WCF, entre sus participantes estuvieron Salvini, ministro del Interior del Gobierno de Italia y líder de la Liga Norte (de extrema derecha), así como un grupo de políticos húngaros, un alto sacerdote ruso y hasta su alteza Gloria, princesa de Thurn y Taxis [aristócrata alemana].

Según el grupo de investigación no gubernamental OpenDemocracy, Darian Rafie, el líder de una organización estadounidense llamada ActRight, también aconseja a CitizenGo y ayuda a mantenerla financieramente. (Algo de contexto: la página de Facebook de ActRight publica burlas sobre la presidenta de la Cámara de Representantes, la demócrata Nancy Pelosi, y lanza al aire preguntas constantemente sobre cuánto pagó el presidente Barack Obama para inscribir a su “hija marihuanera” en la Universidad de Harvard). Rafie le dijo a un reportero de OpenDemocracy que había “recaudado muchos fondos” para Trump. Este tipo de contactos no son inusuales: OpenDemocracy ha identificado a otra docena de organizaciones estadounidenses que financian o asisten a activistas conservadoras en Europa. Y no solo en Europa: Viviana Waisman, de Women’s Link Worldwide, una organización de derechos humanos y legales de la mujer con base en Madrid, me comentó que suele toparse con CitizenGo y su mensaje por todo el mundo. Entre otras cosas, ha popularizado la expresión “ideología de género” —un término inventado por la derecha cristiana y que se usa para describir una gran variedad de temas, desde violencia doméstica hasta derechos de los homosexuales— en África y Latinoamérica, así como en Europa.

En España, CitizenGo ha adquirido fama estampando lemas provocadores en autobuses que recorren las ciudades españolas. Los autobuses enfadan a la gente y atraen mucha atención para CitizenGo y para Vox. Las coincidencias entre ambos no son un secreto: la organización ha otorgado su premio anual, en los últimos años, a Abascal, a Ortega Smith y a otras personas que son ahora políticos de Vox, así como a activistas católicos y al líder iliberal húngaro Viktor Orbán.

En el periodo previo a las elecciones de abril —primeras en las cuales Vox se mostraba como una formación con posibilidades electorales—, el dinero, la red y el talento de CitizenGo probaron ser muy útiles. Como ya lo había hecho en el pasado, CitizenGo lanzó la campaña “Vota valores”. Esta vez, los autobuses se pintaron con citas destinadas a menospreciar a los líderes de otros partidos que no fuesen Vox. El grupo creó una web con listas en las que mostraban qué partidos estaban de acuerdo con sus “valores” y dejaban claro que el único con “valores” era Vox.

Es un patrón conocido en la política estadounidense. Así como en Estados Unidos se puede apoyar a Comités de Acción Política (PAC, por sus siglas en inglés) que generan publicidad en torno a los temas que defienden determinados candidatos, ahora los estadounidenses, los rusos o la princesa de Thurn y Taxis también pueden hacer donaciones a CitizenGo y, por ende, apoyar a Vox. Este modelo de financiación no ha sido muy utilizado en Europa en el pasado. En la mayoría de los países, la financiación política tiene limitaciones. En algunos lugares (no en España), la financiación extranjera está prohibida. Se ha levantado un gran revuelo alrededor de la organización The Movement, de Stephen K. Bannon, que se estableció en Europa para ayudar a los candidatos de la extrema derecha a ganar elecciones. No obstante, en realidad —aunque muchos europeos probablemente no se han dado cuenta— los extranjeros que quieren financiar a la extrema derecha europea pueden hacerlo desde hace tiempo. El último informe de OpenDemocracy dice que Arsuaga informó a un periodista de que el dinero dado a su grupo podría “indirectamente” apoyar a Vox, ya que “actualmente” están “totalmente alineados”. El dinero que organizaciones como CitizenGo gastan en las elecciones importa menos que las campañas que organizan en los meses previos a esas elecciones. Como le dijo Arsuaga al reportero de OpenDemocracy, “al controlar el entorno de los políticos, terminas controlándolos también a ellos”. Lo que realmente importa es la batalla por los valores en los medios de comunicación, la educación, las instituciones culturales y, por encima de todo, en las redes sociales. Europa, incluso los países que anteriormente buscaban el consenso — Países Bajos, Alemania y ahora España—, está empezando a parecerse más a Estados Unidos, donde la batalla por los valores se ha convertido en una guerra abierta.

Atando los cabos de extrema derecha

Cuando le pregunté a Rafael Bardají acerca del vídeo de “Hacer España grande otra vez”, sonrió: “Esa idea fue mía, fue una especie de chiste del

momento”. Bardají se unió al equipo dirigente de Vox un poco después que Espinosa y Abascal. Como ellos —y como la mayoría en Vox—, es un exmiembro del PP que acabó desilusionado por el centrismo y la moderación. A principios de la década de 2000 trabajó con Aznar y es conocido como el asesor que más presionó para que España se uniese a la invasión estadounidense de Irak.

Por ello, se le considera “neoconservador”, aunque no está claro qué significa eso en el contexto español. Bardají también se ha ganado el apodo de *Darth Vader*, algo que le divierte (ha puesto la foto del villano de *Star Wars* en Twitter). “Hacer España grande otra vez,” explica, “fue una especie de provocación... La intención era irritar a la izquierda un poco más”. Este es, por supuesto, un concepto muy familiar: “Hazlo porque ofende al *establishment*”. “Humilla a los progres”. Un clásico sentimiento *breitbartiano*. Y sí, Bardají conoce a Bannon y tienen un amigo en común, pero se burla de la importancia que se le da. Los periodistas españoles, me dijo, “le dan a Bannon una importancia que no tiene”.

No queda claro si Bannon, exdirector de Breitbart y exdirector de estrategia del presidente Trump, influenció a Bardají o viceversa. Bardají me dijo que tuvo la oportunidad de visitar la Casa Blanca poco después del triunfo de Trump. Me aseguró que estuvo en contacto con el consejero de Seguridad Nacional Michael Flynn y con su sucesor, H. R. McMaster, y discutieron sobre la primera visita de Trump a la OTAN, así como sobre el discurso que haría en Varsovia, aquel en el que subrayó la necesidad de defender el mundo cristiano del islam radical: “La aspiración de civilizar, el modo en que Occidente debe defenderse..., estábamos completamente en sintonía,” me dijo Bardají. El número de musulmanes españoles en la actualidad es relativamente bajo —la mayoría de la inmigración española proviene de Latinoamérica— y el de EEUU es aún más bajo. Pero la idea de que la civilización cristiana necesita redefinirse frente el enemigo islámico tiene, por supuesto, un eco histórico especial en España, al igual que en los Estados Unidos pos-11-S y pos-Irak.

Hay otros aspectos que revelan que el *Trumpworld* y Vox son simbióticos. Bardají, que dice conocer también a Jason Greenblatt, el negociador de la Administración de Trump en Oriente Próximo, tiene nexos desde hace mucho tiempo con la Administración israelí. Bardají me aseguró que en 2014 organizó para Vox la visita de un asesor de relaciones públicas de Israel: “Lo traje del equipo que ganó las elecciones para Netanyahu”. Ese mismo año, el primer candidato fallido de Vox para el Parlamento Europeo, Alejo Vidal-Quadras Roca, recibió una generosa donación — más de 800.000 euros, divididos entre docenas de donaciones individuales— de la Organización de los Muyahidines del Pueblo de Irán (MEK), una organización/culto iraní que se opone a la República Islámica. El MEK tiene una reputación ambigua en Washington —se le ha clasificado como una organización terrorista en ocasiones—, pero tiene algunos aliados: tanto el consejero de Seguridad Nacional John Bolton

como el abogado de Trump Rudolph W. Giuliani han dado discursos en su evento anual en París. Estos vínculos compartidos entre Vox y la Administración de Trump no sugieren una conspiración, sino intereses mutuos y amigos en común desde hace años. Más que cualquier otra cosa, son personas que ven que tienen enemigos en común y han logrado adoptar con el tiempo una visión similar del mundo. Al igual que Espinosa, Bardají reconoce la polarización de la política española, y además piensa que es algo permanente: “Estamos entrando en un periodo en el que la política se está convirtiendo en algo distinto, es una guerra con otros medios —no queremos ser asesinados, queremos sobrevivir —... Creo que ahora en política el que gana se lo lleva todo. No es un fenómeno exclusivo de España”.

Bardají dice que, hasta el momento, Vox ha sido demasiado pequeño como para orquestar mucha propaganda, y menos aún como para formar parte de un movimiento internacional: “Hemos sido un partido pequeño con un presupuesto limitado”. Espinosa afirmó lo mismo, así como Vidal-Quadras, quien me aseguró que el dinero del MEK se acabó cuando él abandonó el partido. Había sido un reconocimiento personal por sus luchas pasadas. No hay razón para no creerles.

Pero el caso es que muchos otros, en Europa y en Estados Unidos, han venido presionando y promoviendo los temas que se han convertido en la agenda principal del partido. Como dijo el expresidente Aznar, Vox es una “consecuencia”, aunque no solo, del separatismo catalán. Es también consecuencia del trumpismo, de las webs conspirativas, de las campañas digitales de la *alt-right* y la extrema derecha internacional, y especialmente, de la reacción conservadora que se ha venido construyendo por todo el continente durante años.

En cierto modo, es la máxima de las ironías: los nacionalistas, los antiglobalistas, las personas escépticas con las leyes internacionales y muchas otras organizaciones trabajan ahora juntos, rompiendo fronteras, por causas comunes. Comparten contactos. Obtienen dinero de los mismos fondos. Aprenden los unos de los errores de los otros, se copian el vocabulario. Y están convencidos de que, juntos, algún día, ganarán.

Anne Applebaum es periodista. Su último libro, *Hambruna roja, y Gulag*, por el que ganó el Premio Pulitzer, han sido publicados por Debate en enero. © Washington Post, 2019.